

## George Steiner. Pasión y ejemplaridad

La inteligencia forma suprema del poder articulador de las ideas y conceptos

Europa ha perdido ejemplaridad y su cultura no ha logrado promover el retroceso de la barbarie.

Ojo: las más altas realizaciones intelectuales, también, o en especial de Europa, son compatibles con la siembra, no menos europea, de una criminalidad sin mengua. Piensa Steiner: la función humanizante de las ciencias humanas, deben ponerse seriamente en duda. Al final de mi vida, esa es mi pesadilla.

Yo, Floreal Ferrara, tengo esa misma pesadilla, Juan D. Perón, el genio creador revolucionario, jugó con fuerzas contradictorias que instalan hoy mi dolorosa duda, porque allí, en esa incertidumbre deposito gran parte de mi contradicción y percibir que por más que sea Perón, la revolución es siempre protagonismo de la multitud y no la fórmula exquisita de un hombre, así sea J. D. Perón, Fidel, el Che, J.W Cooke, Stalin, Hitler, Mussolini o el comandante Chavez y hasta el inmenso Salvador Allende, o el pequeño pero dignísimo Evo Morales.

Y Steiner tomará como figura emblemática, que prueba la intensidad de nuestra pesadilla en la de M. Heidegger. Para él, para Steiner, el más grande creador de ideas del siglo XX. Hoy tal vez para nosotros faltarían en la lista probable, Deleuze, Simondon, Negri, Foucault y otros más. Pero pensando en M. Heidegger escuchemos una vez más a G. Steiner preguntándose, ¿a quién, sino a él (a Heidegger) cabe aplicar esta sentencia lapidaria del autor de Antígona?: La cultura no nos vuelve más humanos, incluso puede insensibilizarnos ante la miseria humana... Agreguemos nosotros, en tanto caigamos influidos por la atrapante y mediática cultura burguesa..., casi siempre ligada a una dosis más que suficiente de desesperanza. Y de allí ¿cómo podremos librarnos?

El propio Steiner sabe, al menos, lo dice con convicción ejemplificadora y que impulsa salidas comprometidas que el fantástico éxito norteamericano, el de su federalismo, cubre distancias y climas diferentes y permite suponer que de ser imitado permitirá aceptar el consejo de que Europa, nunca más debe sucumbir a guerras intestinas.

Habrà de ser necesario alejarnos de todos los dualismos desgarradores y buscar con desesperación final y sin claudicación, la unidad irreductible de fuerzas antagónicas que parecen, hasta hoy lo son, de contingencia irreductible y nos impone la necesidad de volver a preguntarnos sobre la estructura de la subjetividad humana, alrededor de la continuidad de la individuación simondoniana, tanto ética como psíquica y socialmente, sabiendo que esta última condición, la del reflejo social ha de ser el límite de las periferias requeribles.

Entonces será el tiempo de saber y ahora casi para siempre que erradicar de nuestra existencia el mal habrá de ser tan ilusorio, como el asentamiento inmovible del Bien ninguno de los dos han de ser, deben ser el punto de todo lo que desmienta la esperada, soñada y construible universalidad de las creencias y aun utópicas miradas de nuestros devenires.

Se trata en esencia de un perfeccionamiento permanente y por eso mismo, siempre inconcluso, insuficiente y perfeccionable. En los márgenes superiores ya definidos, no son las aspiraciones de los que creen en sus poderes, las de los dueños del dominio y la de los que confían en los hasta aquí poseedores de tal dominio. Tampoco se trata de los que creen en incorporar a los excluidos del sistema, para vertirlos en el proceso consabido de señores y absolutos.

Si se piensa en la solidaridad solidaria, la insuficiencia de la exclusión, irrumpe en el límite destructivo de la explotación y entonces, allí se juega el desplazamiento de excelencia que define al desafío fundamental e inexorable de nuestro tiempo. Allí está situado el esfuerzo intenso, cierto, definitivo, de una vocación infaltable de convivencia, de vivirla con los demás, e impedir así que esa convivencia justa, independiente con los demás, concluya siendo otro fracaso, de nuevo extirpable.

Aprendamos otra vez, la cultura no tiene la potencia total que se exigirá para desplazar definitivamente a la barbarie y la explotación que le es inherente, pero sirve, es un trazado concurrible, para estando atento, comprenda el gran instante de su intervención para ayudar, complementar contribuyendo a una liberación que sin ella, volverá a ser insuficiente. Al final y al cabo, la barbarie de la explotación, también tiene en el tiempo, un momento de posible extirpación. Lo impulsa, la participación desmedida de los "muchos", esos que hasta aquí solo sintieron la asfixia del poder dominante, eso que ha de caducar ante la reiteración organizada, de hasta la palabra combativa, lúcida y apasionada de seres, que como George Steiner, aun siguen infatigablemente, sabiendo que ese es otro punto de empuje para la transformación posible.